

M. R.

## RICARDO LATCHAM

---

SE RESISTE el ánimo a representarse a Ricardo Latcham eternamente inmovilizado, enmudecidos para siempre sus labios, ausente su espíritu del bullir cotidiano. Había en sus palabras y actos tal fuerza expansiva como si estuviera permanentemente inquietado por las inúmeras formas del vivir humano, como que su designio fuera el caminar por los espacios de la cultura y la geografía, esquivando, incluso, el reposo a que lo obligaba su estado físico.

Temperamento singular el de Ricardo Latcham, oscilante como el péndulo isócrono que marca los instantes sin detenerse. Todo lo quiso recoger en sus apetencias de saber y actuar. Y aun cuando la política y la diplomacia atraieron y distrajeron algún tiempo su interés, fueron las letras, con derivación a la docencia, el imperativo vocacional ineludible. Y dentro de las letras, se orientó hacia la crítica en las distintas formas que ella presenta. Así, la periodística e impresionista en los diarios o revistas; la didáctica y erudita en la cátedra; la informativa y exaltadora en prólogos; la amena y anecdótica en charlas o conferencias.

Podría pensarse que su actitud fue un ambular sin término por los ámbitos de la literatura, un orillar los amplios márgenes de la historia y el arte, un navegar por distantes latitudes un poco a la deriva, impulsado por su extraversión, a fin de conocer y penetrar la realidad en torno. Mas tras el hombre inquieto e inmerso en los medios sociales, políticos y literarios, se escondía un espíritu alerta, disciplinado, un lector incansable, un devoto del libro. A pesar de las alternativas propias de la vehemencia de su índole, la literatura, sobre todo la americana y en particular la chilena, predominó en su vocación, y a su conocimiento e interpretación se dio sin descanso, con pasión exaltadora, desde la adolescencia hasta el día de su muerte.

Seguramente sean muy pocos en nuestro país y en América los que hayan logrado poseer como él conocimientos más profundos y completos del hacer literario de nuestro continente. No fue su actitud la del erudito que se solaza con el hallazgo bibliográfico, que acumula informaciones como quien se harta para su íntimo placer. Iba más allá del rastreador encorvado sobre arcaicos volúmenes. Ahondaba Ricardo Latcham en sus lecturas, a fin de revelar aquello inédito de los pueblos americanos como expresión de lo típico y genuino de su idiosincrasia. Sin perder su crítica al carácter informativo y riguroso en cuanto a fechas, nombres de obras y toda suerte de referencias bibliográficas, incluso circunstancias personales del autor, la animaba un sentido de interpretación social, de mostrar de la novela, cuento o poesía, aspectos que reflejaran lo más representativo del hombre americano, de tan distintas reacciones según el país o región de origen.

A pesar de que Ricardo Latcham procedía por el lado paterno de europeo, nunca menospreció las expresiones culturales de América, adentró en ellas y las sintió como parte de su propia naturaleza. Más aún: exaltó aquello que mejor la expresara, lo que trascendiera lo humano y telúrico de esta parte del mundo. Su conocimiento de literatura chilena era extraordinario, y no sólo aquella inmovilizada en la historia, sino la de hoy, la actual, la de los jóvenes, la de quienes se inician en las letras. Su curiosidad e inquietud lo llevaron a moverse por todos los rincones del pasado y del presente de nuestra literatura. Aun cuando predominó en su exégesis la tónica social, poseía la suficiente sensibilidad para vibrar con el verso del poeta joven, de aquel que llevado por un afán de originalidad deviene en lo caótico e insólito.

Su pluma y su palabra se dieron con largueza, sin pausa. Durante numerosos años fue crítico de "La Nación", de Santiago; colaboró en todas las revistas de Chile y en muchas de América. Sus lecciones fueron escuchadas en la cátedra universitaria del Instituto Pedagógico, en universidades extranjeras, en encuentros literarios, en reuniones internacionales, en las del Pen Club, etc. Parte importante de su vida fueron sus charlas en las comidas, en las recepciones sociales, en las librerías. Allí donde había un grupo de personas dispuesto a escucharlo, Latcham estaba hablando, su palabra fluía rápida, interminable, pintoresca, llena de alusiones irónicas, sarcásticas a ratos, pero sin intención malévolas, porque en el fondo de su espíritu estaba vivo el adolescente inquieto, rebelde, inconformista, iconoclasta, sincero, sobre todo consigo mismo. Otro era el Latcham que

actuaba en la página del diario o revista. Aparecía, entonces, el crítico justo e informado, benévolo y estimulador, copioso y vibrante.

Temperamentos como el suyo, de tan desiguales estados anímicos, de tan imprevistas reacciones, pareciera inconstante, proclive a estados depresivos o a alguna forma de escepticismo o de desencanto cuando ya se ha vivido bastante y experimentado desengaños dolorosos. Nada en Ricardo Latcham apagó su fuego interior, su vocación literaria, su preocupación por la política considerada en dimensión trascendente. Semanas antes de su fallecimiento, la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile lo llamó a que ocupara su antigua cátedra de Literatura Americana y Chilena. Las circunstancias que rodearon su muerte son como un símbolo de su naturaleza: aun cuando una crónica lesión hacía peligrar su salud, no rehusó aceptar la invitación del Gobierno de Cuba para integrar el Jurado que otorga los premios anuales de la Casa de las Américas. Como siempre, partió resuelto, entusiasta, y así fueron sus primeras actuaciones en La Habana. El golpe mortal llegó súbitamente, el 25 de enero último.

Su labor literaria fue abundantísima. Poco de ella ha sido recogida en libros: *Escalpelo*; *Chuquicamata*, *Estado yanqui*; *Itinerario de la Inquietud*; *12 Ensayos*; *Carnet crítico*, etc. Se ha informado que una importante editorial chilena la reunirá en varios volúmenes. Así, la posteridad conocerá el ingente trabajo de este escritor que se dio con pasión y entusiasmo, con voluntad e inteligencia, al estudio de la historia y de las letras y a su divulgación e interpretación.

Desde su fundación colaboró en "Atenea". Páginas suyas aparecidas en esta revista merecen ser antologadas, no sólo por su densidad informativa e interpretativa, sino también por la forma, de tan variadas tonalidades. En la prosa de Ricardo Latcham se advierten las alternativas de sus disposiciones temperamentales. Tan pronto su estilo es rápido y ágil, con ese dinamismo exigido por el periódico o revista, como elocuente y abundoso, rico en matices de expresiones y de léxico. Todo ello reflejo de su compleja personalidad.

"Atenea" espera, en número próximo, publicar en su homenaje trabajos en que se estudie su persona y obra desde distintos ángulos. La Dirección de la revista entona por ahora su palabra en el recuerdo y el respeto, por considerar a Ricardo Latcham un impulsor y animador de nuestras letras, en cuyas entrañas ahondó tras las esencias vitales de Chile y su gente.